

**Presentación del libro de Don Luigi Giussani:
“Los orígenes de la pretensión cristiana”
Monseñor Sergio Buenanueva - Obispo Auxiliar de Mendoza**

Universidad de Congreso - Mendoza - 13 de octubre de 2012

Acepté gustoso la invitación que me hicieran de tener una palabra en este acto de presentación del libro de Don Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*.

En realidad, había oído hablar de la obra, pero no había tenido la oportunidad de leerla. Los amigos de Comunión y Liberación me hicieron llegar un ejemplar de la misma. En estas semanas he podido leerla ya dos veces.

No voy a detenerme en una recensión formal, que tendría que dar cuenta de su estructura literaria, resumiendo el contenido de sus capítulos, y ofreciendo una valoración personal de las ideas vertidas por el autor.

Mi interés va en otra dirección. Quiero contarles qué me ha pasado a mí, Sergio Buenanueva (hombre, creyente y obispo), al leer el libro de Don Giussani. Quisiera compartir algo de la experiencia humana y espiritual de leer este buen libro.

Como ustedes se imaginarán, un obispo está obligado a leer muchas cosas: cartas, informes, textos más o menos importantes, etc. Leer muchas cosas, ahora no solo escritas e impresas, sino también en la pantalla de una computadora o del Smartphone. En cualquier momento puede arribar un mensaje de texto, un correo electrónico con uno o varios adjuntos, etc.

Demasiadas palabras, tal vez, y con una velocidad de vértigo. Hay que leer, resumir lo leído y escribir varios memorándums para que otros se anoticien. Leer y responder, mientras más rápido, mejor.

Sin embargo, de tanto en tanto, uno tiene la oportunidad de leer algo significativo. Es decir: un texto que toca alguna fibra interior, una palabra que realmente “dice” algo de peso.

Uno queda delante de un texto que, por varias razones, comienza a hablar y a generar un diálogo con el propio mundo interior.

Ese diálogo tiene aspectos agradables, placenteros y consoladores. ¡Qué gozo puede asemejarse al momento en que se capta una idea luminosa para la vida! Es la verdad que resplandece y se apodera de la persona.

Pero un buen texto puede llevar también inquietud, despertar peligrosos interrogantes, acercarnos al abismo, poner en tela de juicio y sacudir esquemas demasiado consolidados.

Todo lo cual es también muy bueno. La combinación de ambos aspectos puede generar nuevas preguntas y ensanchar el horizonte de la propia inteligencia.

Si esto ocurre, uno tiene que darle sentidas gracias a Dios y al genio del escritor que, de esta manera, puede llegar a convertirse en un amigo entrañable.

Los teóricos de la comunicación nos enseñan que la comprensión de un texto literario se produce cuando la intención del autor y el mensaje escrito se cruzan con los intereses vitales del lector. Se produce lo que algunos han llamado: “fusión de horizontes”. El horizonte del escritor y el del lector.

Por eso, para contarles lo que me ha pasado leyendo la obra de Don Giussani, no tengo más remedio que contarles algunas cosas que llevo muy adentro.

Con el riesgo de ser un poco autorreferencial, quisiera poner al descubierto algunas de las cosas importantes que hoy dan vueltas por mi corazón. Lo que está en el horizonte de mi existencia personal.

* * *

Solo dos puntos, dos insinuaciones.

Don Giussani cita, en las primeras páginas de su obra, la conocida pregunta de Dostoievski: “Un hombre culto, un europeo de nuestros días, ¿puede creer, verdaderamente creer, en la divinidad del hijo de Dios, Jesucristo?”¹.

¿Es posible la fe hoy?

El primer punto al que quiero referirme es precisamente el que expresa esta pregunta. Como pastor, pero ya como hombre de fe, me encuentro, una y otra vez, confrontándome con este interrogante. A veces, de manera un poco angustiada. Las más de las veces, sin embargo, con serenidad.

¹ Citado por Luigi Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, Ediciones Encuentro (Argentina 2012) 42

Sinceramente creo que, para el habitante de la ciudad secular, la posibilidad de creer en Jesucristo, Dios encarnado, es una posibilidad real, concreta y, como ha ocurrido siempre, verdaderamente salvífica.

Los escenarios de la nueva evangelización son ciertamente nuevos y desafiantes. Es verdad también que muchas formas tradicionales o atávicas de vivir y comunicar la fe cristiana están perdiendo eficacia. Sin embargo, donde se cierran puertas se abren ventanas.

La nostalgia de Dios sigue intacta en el corazón humano. Por ahí entra el mensaje, la persona y la pretensión de Cristo.

El desvelo de los discípulos misioneros de Cristo, con la feliz expresión de Aparecida, radica en encontrar los caminos para un anuncio vivo de la fe.

Al escribir estas reflexiones, me han consolado muchas unas palabras del Santo Padre en su homilía del pasado jueves 11 de octubre, abriendo el “Año de la Fe” y recordando el cincuenta aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II. He reconocido en ellas la inquietud que estoy comentando, y que se ha visto también iluminada al leer la obra de Don Giussani.

Decía el Santo Padre: “En estos decenios ha aumentado la «desertificación» espiritual. Si ya en tiempos del Concilio se podía saber, por algunas trágicas páginas de la historia, lo que podía significar una vida, un mundo sin Dios, ahora lamentablemente lo vemos cada día a nuestro alrededor. Se ha difundido el vacío. Pero precisamente a partir de la experiencia de este desierto, de este vacío, es como podemos descubrir nuevamente la alegría de creer, su importancia vital para nosotros, hombres y mujeres. En el desierto se vuelve a descubrir el valor de lo que es esencial para vivir; así, en el mundo contemporáneo, son muchos los signos de la sed de Dios, del sentido último de la vida, a menudo manifestados de forma implícita o negativa. Y en el desierto se necesitan sobre todo personas de fe que, con su propia vida, indiquen el camino hacia la Tierra prometida y de esta forma mantengan viva la esperanza. La fe vivida abre el corazón a la Gracia de Dios que libera del pesimismo. Hoy más que nunca evangelizar quiere decir dar testimonio de una vida nueva, trasformada por Dios, y así indicar el camino.”

* * *

El segundo punto cubre un paso: de la preocupación pastoral a la inquietud por el propio corazón.

También aquí, una pregunta desafiante. Una pregunta a mí mismo, en primera persona: ¿Qué raíces tiene, hombre, tu fe? ¿Ha tocado realmente tu corazón? ¿Acontece Cristo en tu vida?

“Cristo no falta en nuestras acciones: en las acciones, en muchas de ellas, puede que sea determinante, pero ¿y en el corazón? ¡En el corazón no!”², escribe certero Don Giussani.

Queridos amigos: Les confieso que estas palabras me han inquietado y sacudido interiormente.

Ustedes saben que un riesgo bastante grande de los pastores (por cierto, también de todo evangelizador) es confundir la caridad pastoral con las acciones pastorales, el celo apostólico con el activismo.

Un riesgo para nada abstracto si uno tiene que pastorear (en mi caso: auxiliar en el pastoreo) una comunidad de las dimensiones de la Arquidiócesis de Mendoza.

De ahí la necesidad de encontrar el centro vital que unifique la propia vida. Esta no es una preocupación de orden psicológico o de salud mental. Se trata de una inquietud verdaderamente apostólica y pastoral. Incluso más: una necesidad humana y espiritual en el sentido más hondo de estos adjetivos.

La pregunta por Cristo está indisolublemente unida a la pregunta por la propia condición humana; por la propia identidad.

Con estas inquietudes del corazón me he acercado a la lectura de la obra de Don Giussani. O, mejor: puesto a leer este libro, la sucesión de capítulos, sus ideas fuerza, el núcleo de su propuesta han ido, paulatinamente, sacando a la superficie estas inquietudes.

Desde aquí he podido -así lo espero- captar un poco de su mensaje.

* * *

² Luigi Giussani, “La familiaridad con Cristo”, en *Huellas-Litterae Communionis* n.2 (2007), pp 2-3

“Este volumen -escribe Don Giussani en el Prefacio de 2001- como toda la trilogía del Curso Básico de Cristianismo, pretende demostrar las modalidades en las que es posible adherirse consciente y razonablemente al cristianismo, teniendo en cuenta la experiencia real. En concreto, *Los orígenes de la pretensión cristiana* es el intento de definir el origen de la fe de los apóstoles. He querido expresar en él la razón por la que un hombre puede creer en Cristo: la profunda correspondencia humana y razonable de sus exigencias con el acontecimiento del hombre Jesús de Nazaret. He tratado de mostrar, pues, la evidencia de la razonabilidad con la que nos apegamos a Cristo, y por tanto, nos vemos conducidos desde la experiencia del encuentro con su humanidad hasta la gran pregunta acerca de su divinidad”³.

El primer aspecto que me ha llamado la atención en la propuesta de Don Giussani es la referencia a los evangelios, como testimonio histórico insuperable para tener acceso al acontecimiento Cristo.

Los evangelios nos ofrecen la memoria y el anuncio de los primeros testigos de la pretensión de Jesús. En ellos se refleja el camino interior que estos hombres transitaron desde la captación inicial de la excepcionalidad humana del hombre Jesús hasta la convicción madura de su identidad divina.

Estamos ante el testimonio de unos hombres concretos sobre el valor de una persona viviente, que ha cautivado sus corazones.

El “cambio de método” en el que Don Giussani insiste, una y otra vez, pero también con acierto, radica precisamente en esto: la verificación de la verdad del cristianismo no consiste, en primer término, en la constatación de la veracidad de un conjunto de proposiciones doctrinales, tampoco en la bondad de un código ético de conducta, sino en la verdad que irradia una persona viva.

¿Cómo se llega a la certeza existencia de la verdad que encierra una persona?

Don Giussani hace dos observaciones al respecto que me parecen muy sabias y pertinentes.

³ Luigi Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, Ediciones Encuentro (Argentina 2012) 8

Ante todo, señala, se trata de un trato habitual con la persona. Solo se puede justipreciar el valor de una persona si se convive y se comparte con ella. Por otra parte, añade, ha de darse una sensibilidad particularmente humana para captar esta verdad a partir de unos pocos indicios. “Este es el don que la «pretensión de Jesús» exige para poder ser comprendida”⁴.

Quisiera profundizar un poco estos aspectos. Me parecen importantes. Al menos, a mí, la lectura del libro de Don Giussani me ha hecho pensar de nuevo (y mejor) estas cosas.

* * *

Uno de los desafíos más acuciantes de los cristianos hoy es caer en la cuenta de que la fe no es una cuestión del pasado que, por nuestro ingenio y creatividad, podemos poner “al día”.

Detrás de demasiados proyectos pastorales se esconde -al menos es mi percepción- una suerte de complejo de inferioridad o una difusa sensación, por parte de los cristianos, de no estar a la altura de los tiempos.

Es cierto que la figura histórica de la Iglesia, como decíamos al inicio, tiene aspectos mudables, epocales y transitorios. Toda genuina reforma debe acometer su transformación.

Pero de lo que se trata aquí es de algo más radical y profundo. En su *Introducción al cristianismo*, el joven Ratzinger hablaba del “escándalo del positivismo cristiano”⁵. Un concepto que considero cercano a este de la “pretensión del cristianismo”.

¿De qué se trata?

Sencillamente del núcleo duro de nuestra fe: Cristo no es un personaje del pasado, cuyo valor se reduce a ser un ejemplo de moral, de compromiso o de honestidad. Él es el Viviente, el que nos alcanza en las coordenadas concretas de espacio y de tiempo en las que me encuentro, aquí y ahora.

El escándalo de la pretensión cristiana está aquí: este judío del siglo I es Dios con nosotros. Porque Dios ha hablado al hombre, sorprendiendo y, a

⁴ *ídem*, 53

⁵ Cf. Joseph Ratzinger, *Introducción al cristianismo*, Sígueme (Salamanca 2005) 51 ss.

la vez, llevando a plenitud los anhelos más profundos del corazón humano. Y ha hablado de manera irrevocable y definitiva (“escatológica”, decimos en teología) en Jesús, el hijo del carpintero.

La fe cristiana lo proclama vivo y presente en la historia. Un Acontecimiento, una Presencia que cambia todo.

¿Cuál es la actitud de fondo ante esta Presencia? Don Giussani habla de la “sencillez de un reconocimiento, una actitud análoga a la de quien, al ver llegar a un amigo, lo identifica entre los demás y lo saluda.”⁶ Se trata entonces de la experiencia de un “encuentro”.

“Que el cristianismo te haya sido anunciado -anota Don Giussani- significa que tú *debes* tomar una postura ante Cristo”⁷.

Se trata del anuncio de un hecho presente, ante el cual hay que tomar una posición libre y personal. Es el “evento de una Presencia”.

La pedagogía de Cristo es la pedagogía de un progresivo revelarse y darse a sus discípulos. De lo implícito a lo explícito.

Cada vez, con mayor intensidad, Jesús se irá poniendo en el centro del mundo afectivo y de la libertad de los suyos, suscitando así la adhesión vital, pero también el rechazo de quienes perciben, con toda claridad, el alcance de su “pretensión de centralidad”⁸.

* * *

Estamos en el Año de la Fe. El Santo Padre nos ha invitado a releer los documentos del Concilio Vaticano II, pues en ellos (en su letra y en su espíritu), el Espíritu Santo ha señalado el camino para la Iglesia en estos tiempos difíciles, pero también fascinantes que nos tocan vivir.

Al entrar en diálogo vital con la obra de Don Giussani, he vuelto a sentir la urgencia de vivir la permanente actualidad y novedad de la fe.

Cristo no es algo del pasado. Su Presencia viva sigue atrayendo, convenciendo, transformando las conciencias y los corazones.

⁶ Luigi Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, 39

⁷ Luigi Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, 42

⁸ Luigi Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, 80

El “aggiornamento” querido por el Papa Juan XXIII y asumido por el Concilio como programa pastoral, significa precisamente este redescubrir la novedad permanente del Evangelio, en medio de la ciudad secular, pues en ella Dios sigue viviendo, la Encarnación sigue siendo un acontecimiento de gracia, el Espíritu sigue alentando a los hombres y mujeres a buscar, a pedir y a suplicar.

Los cristianos somos aquellos que hemos conocido el amor que Dios nos tiene. Hemos palpado la Palabra de vida, como dice San Juan. Hemos sido agraciados por el Don de esta Presencia que salva al hombre.

Vivir con alegría nuestra convicción de que Cristo es el destino de todo ser humano es lo que llamamos “nueva evangelización”.

Una lectura atenta de la obra de Don Giussani puede llegar a ser la ocasión para redescubrir la belleza, actualidad y alcance de nuestra fe en Jesucristo.

Termino con unas palabras muy conocidas del Santo Padre Benedicto XVI y que, a mi juicio, son como un eco del mensaje de *Los orígenes de la pretensión cristiana*:

“*Hemos creído en el amor de Dios*: así puede expresar el cristiano la opción fundamental de su vida. No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”.

+ Sergio O. Buenanueva

Obispo auxiliar de Mendoza